

clama; y como Hijo sumiso y obediente, quiere tambien que su voluntad entera se ejecute: y resuelto á cumplirla en cuento está de su parte, aunque siempre atormentado de pena, se levanta otra vez, marcha á sus discípulos y los halla durmiendo, porque estaban sus ojos gravados de sueño: los despertó y no quiso darles otra reprehension, porque sola su presencia bastaba para confundirlos, y no sabian qué responderle. Dejólos por tanto, volvió, y repitió por tercera vez la misma oracion, diciendo: *Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.* En medio de esta union de voluntades, deseando Jesús cumplir la de su Padre, solo buscaba la ocasion de padecer, porque solo padeciendo satisfacía á aquella por los pecados del hombre, rehusando todas las dulzuras sensibles de que podia privarse, y suscitando contra sí todas las pasiones enojosas, que no sirven sino de afligir la naturaleza con mil objetos de dolor: y permaneciendo en santa oracion, negando á su alma todos los consuelos que la divinidad de su espíritu bienaventurado podia ofrecerle, le envió su Padre desde el cielo un ángel que se dejó ver en forma humana para consolarle. Acercóse á él con respeto, lo adoró como á su Señor, lo confortó y lo fortificó. Representóle la voluntad de su Padre, el mérito infinito de su obediencia, la salud de los hombres aligada á su cruz, y los frutos y premios de su pasion, cuales eran la reparacion de las injurias hechas á su Padre, la destruccion del pecado y el reemplazo que los hombres habian de hacer llenando aquellas sillas que estaban vacias por la pérdida de los ángeles soberbios; y todas estas consideraciones le hicieron de nuevo desear la muerte antes que huirla. Armóse la voluntad de resistencia contra la naturaleza atribulada, y la prolongacion de esta lucha hizo que brotase de su cuerpo un sudor como de gotas de sangre que corrían hasta el suelo.

La sangre rebatida del corazon, adonde el temor la habia juntado, salió con rapidéz y se abrió mil caminos. Aquí sí que pudo clamar el Señor con el Salmista, y decir [1]: Sálvame, ¡oh Dios! por

[1] Ps. 68, vs. 2, 3 et 4.

que las aguas de la tribulacion llegaron hasta mi alma, y casi me veo anegado. Zambullido estoy en un cenagal profundo, tanto que no puedo hacer pié ni hallo sobre qué estribar. Vine y entré en alta mar, y furiosas tormentas me sumergieron en los abismos. Fatigado estoy de llamarte; ya se enronqueció mi garganta, y mis ojos desfallecieron de alzarlos al cielo esperando el Dios vivo. Pero poco á poco se moderó aquella agonía espantosa de Jesús, y la sangre volvió á tomar su curso, pues que el Hijo habia sido oido por su reverencia.

Desde este instante en que Jesús aceptó de nuevo la sentencia confirmada por el Padre, ya no se vió en él sino intrepidez y aliento. Levantóse otra vez de la oracion, vino á sus discípulos y hallólos durmiendo de tristeza; y entonces, como por una especie de ironía, les dijo: Continúad en dormir, y descansad, y entregaos al sueño: no podríais haber escogido coyuntura mas favorable para descansar de los trabajos de este penoso día. Ya llegó la hora en que el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores. Avergonzaos pues de vuestra pereza; levantaos sin dilacion si no quereis ser sorprendidos de la tentacion sin haber tenido lugar de implorar el socorro de Dios; lo que fué como como si hubiera dicho: ¡Oh Padre! en esta hora se alegra mi espíritu, porque tu Hijo unigénito que diste al mundo para que este no perezca, sino que tenga vida eterna, va á entregar su cuerpo á sus enemigos y á tí su propio espíritu, por la vida y salud del mundo. ¡Oh mundo! descansa ahora, come, bebe y regálate, porque ya llegó la hora en que por tí padezca yo hambre y sed, y me den á beber hiel y vinagre. ¡Oh hombres! coronaos de rosas, llenaos de vinos preciosos y de unguentos, pasad vuestros dias en placeres, porque ya se aproximó la hora en que yo por vosotros sea herido con bofetadas, escupido con salivas, despedazado con azotes, crucificado con clavos. ¡Oh ángeles! ya llega la hora en que llorareis vosotros amargamente mientras padezca yo penas amarguísimas y dolores terribilísimos. Llegó la hora, y el que me ha de entregar no está lejos; salgámoosle al encuentro.

Aun no habia acabado el Salvador de hablar con sus discípulos,

cuando llegó Judas, uno de los doce, el cual conocia bien aquel sitio, y todas sus avenidas, entradas y salidas, porque Jesús acudia, allí y se juntaba muchas veces con sus discípulos. Marchaba el falso apóstol al frente de una compañía de soldados, ministros ó alguaciles que le dieron los pontifices de los fariseos, los cuales traian linternas y hachas, y la turba de gentes armada con espadas, palcs y garrotes, acompañada de oficiales de la guardia del gobernador. Judas les habia dado esta contraseña para conocer al Señor en la oscuridad de la noche: Aquel, les dijo, á quien yo besare, él es el que vosotros buscais. Como sabia tambien que el divino Maestro obraba prodigios y no podia haber olvidado todas las maravillas de que habia sido testigo, y como sabia que aquel á quien se habia obligado á entregar á los escribas, mas de una vez se habia librado de su furor y desaparecido de su vista en el momento mismo en que se armaban para prenderlo ó apedrearlo, temeroso de que en esta ocasion no se frustrasen sus esperanzas, les advirtió de la reserva con que debian prenderle, guardando y asegurando bien su persona; y habiendo tomado así á su satisfaccion todas las medidas, entró en el huerto dejando á su gente á alguna distancia. Alcanzó á ver á sus compañeros, reconoció á Jesús, su Salvador y Maestro, corrió á su Majestad, y diciéndole: *Dios te guarde, Maestro; se echó á su cuello y le dió un beso de falsa paz.* Fáciles eran de prever todas las consecuencias de una tan páfida accion, aunque no estaban ocultas al Maestro divino, el que no obstante recibió con toda su benignidad al discípulo infame; y hablándole con el idioma elocuentísimo de su amor, se lo significó y manifestó en muy pocas palabras: *Amigo, dijo Jesús á Judas, ¿á qué has venido? Con un beso de falsa paz te atreves á entregar en manos de los hombres al Maestro que mas te ama?* Esta dulce queja era una señal grande de la ternura y la compasion que tenia el Señor de este mal hombre, al cual ofrecia aun su gracia si hubiera tenido voluntad de detestar su delito. Pero el pérfido se retiró del que le llamaba á penitencia, y volvió prontamente á los enemigos de su Maestro para recibir de ellos lo que ya esperaba con impaciencia, á saber, los treinta dineros por los cuales lo habia vendido; cobró-

los al punto, porque creyeron los escribas que habiéndoles entregado al Salvador, tenia ya derecho á recibir lo que ellos le habian prometido. Mas Jesús, viendo sus auxilios sin fruto, y despreciados sus llamientos, ya no pensó sino en someterse enteramente á la voluntad de su Padre, á fin de que tuviesen debido cumplimiento los oráculos de los profetas.

Seguia Jesús á Judas, y á este seguian sus apóstoles, caminando hácia la tropa enemiga que lo esperaba, á la que se incorporó Judas; y adelantándose el Señor hácia ellos, les dijo: *¿A quién buscais? ¿Qué grandeza de alma, qué intrepidez, qué aliento el de Jesús á la presencia de sus enemigos! ¿A quién buscais, les dice? Y respondiéndole que á Jesús Nazareno, contestóles con la voz de la majestad y de la omnipotencia: Yo soy; y con solas estas dos palabras, los ministros, los soldados, los criados y los amos, el jefe de la traicion y todos los que le acompañaban, cayeron de espaldas los unos sobre los otros. Esta voz yo soy, es el compendio de todas las perfecciones que resplandecen en Dios. Yo soy, esto es, yo soy por mí mismo, y de nadie dependo, y todo depende de mí: yo soy el principio y el fin; yo soy el primero y el último; todo es por mí, y sin mí nada se hizo; nadie puede decirlo ni en el cielo ni en la tierra, sino aquel á quien está dada toda potestad en la tierra y en el cielo. Yo soy, nadie puede decirlo sino Dios; y si algun otro lo dijere, es mentiroso y no hay verdad en él; por lo que diciendo Cristo yo soy, confesó que era Dios, y su vista y su voz soberana y omnipotente no podia menos de aterrar á sus miserables perseguidores, por cuya razon volvieron la espalda y cayeron sobre la tierra. Si esta caída les hubiese inspirado penitencia y arrepentimiento, se hubiesen levantado con magnificencia y con gloria. Pero el horrible crimen que iban á cometer, les habia cegado y no tenian valor para reflexionar ni discurrir; y así no se levantaron ni se hubieran levantado jamás, si la voz de la Omnipotencia que los aterró no les hubiera reanimado de nuevo. A este efecto les preguntó otra vez el soberano Maestro: *¿A quién buscais?* Y habiéndole contestado como antes, á Jesús Nazareno, les respondió Jesús con el mismo aire de grandeza y majestad que la vez primera: *Ya os he dicho que yo soy: si á mí me buscais, no inquieteis á estos discípulos míos; de-**

jadlos ir. Yo os permitiré que dispongais de mí cuanto fuere conveniente para llenar los designios de la voluntad de mi Padre; á estos empero dejad que se retiren; para que así se cumpliese la palabra que poco antes habia dicho: No perdí á alguno de los que me diste.

Recobrados ya los judíos de su aturdimiento, en lugar de adorar la omnipotencia de este Dios hombre y dejarse ganar de su dulzura, le trataron como á un malhechor, pusieron las manos en su Majestad, le ataron y afianzaron fuertemente por temor de que se les escapara. Los apóstoles, sobresaltados ya, y no dudando que se les queria arrebatar á su dulce y amado Maestro, creyeron era ya llegado el tiempo de defenderle; mas con todo no se determinaron sin pedirle antes como una especie de permiso, diciéndole: Señor, ¿haremos uso de la espada? Pero sin esperar Pedro la respuesta del Maestro, echó mano á la suya y se arrojó sobre el primero que pudo alcanzar. Este era un criado de algun sacerdote llamado Malso; y descargándole Pedro una cuchillada, le cortó la oreja derecha. No aprobó Jesús este ímpetu de su discípulo, por mas que estuviese revestido con el espíritu de celo en defensa de su persona; antes al contrario, le reprendió y prohibió á los suyos toda fuerza armada y toda violencia para vengar la injuria que le hacian; pero como no era su designio que sus enemigos padeciesen por el celo indiscreto de su apóstol, hizo traer al herido, tocó su oreja y lo sanó. Mas ni con esto quedó satisfecha la caridad ardentísima de Jesús, sino que á la presencia del mismo criado del pontífice y de todos los que con él venian, quiso instruir al agresor y con él á los demás discípulos, de la tolerancia, mansedumbre y sufrimiento que debian guardar; y dirigiendo su palabra á Pedro y á los demás, les dijo: *Vuelve tu espada á su lugar; métela en la vaina, porque todos los que usaren de ella injustamente ó contra la autoridad pública, al filo de la espada morirán.* El que derramare la sangre del hombre, verá derramar la suya por la mano del hombre. *¿Piensas tú que si yo quisiera defenderme de mis enemigos, no podia pedir socorro al Padre, el que enviaria al punto mas de doce legiones de ángeles, de los cuales uno solo bastaria para destruir á todos los hombres? ¿Qué otra cosa es lo que tú pretendes sino oponerte á los designios de Dios,*

é impedirme que beba el cáliz que mi Padre me ofrece? No sabes que es su voluntad lo beba todo entero, á fin que puedan cumplirse las Escrituras que lo declaran expresamente? Deja pues que llegue á mí esa tropa, y no te opongas mas á su violencia. El Salvador empero se vió obligado á manifestarles sus quejas; dió á todos una severa reprehension, y en particular á los magistrados, sacerdotes, principales oficiales del templo, y á los ancianos que conducian aquella infame tropa de soldados y de gente de guerra, aféandoles que hubiesen venido armados con espadas y con varas para prenderle como un malhechor, siendo así que todos los dias habia estado con ellos en el templo, sin que se hubiesen atrevido á hacer violencia alguna contra su libertad ó contra su vida. Mas esta es vuestra hora, añadió Jesús, y este es el tiempo en que todo se les permite á los espíritus de las tinieblas y á los principes del infierno. Hora funesta para vosotros, concedida á vuestra libertad y malicia: usad de ella con toda su extencion; haced contra mí cuanto puedan sugeriros los espíritus de la tinieblas, puesto que obstinados vosotros en la maldad y en el aborrecimiento injusto que me teneis, deseais mi muerte con tanta avidez.

Con indecible pena oyeron los apóstoles al Salvador, pues por su discurso conocieron que en vano se armarian en su favor, cuando él estaba resuelto á no valerse de su poder y enteramente resignado á dejarse arrebatar; y temiendo no les sucediera algun desastre, le abandonaron y huyeron todos cobardemente. La soldadesca soez creyó haber conseguido el mas glorioso triunfo, y se abandonó á todos los excesos de una alegría feroz, arrojándose sobre el mansísimo Cordero con el ímpetu y rabia que solo el infierno podia seguirles. Aquí empezaron los golpes, las heridas y los malos tratamientos. Aquí el estruendo de las cadenas, el sonido ruidoso de las armas, el estrépido de los armados, el clamor de los ministros, y el gozo, el contento y la risa infernal de los miembros de la Sinagoga; pero á nada resistió el cordero de Dios. En medio de los insultos y de los ultrajes se dejaba conducir sin quejarse y sin que persona alguna manifestase condolerse ni interesarse en sus desdichas. Algunos soldados que habian ido en persecucion de los apóstoles, cogieron á un jóven que iba envuelto en una sábana, el que

verisimilmente sería de la aldea de Gethzemaní, y que habiendo despertado con el ruido, correría hácia el tumulto; pero viéndose en manos de la gente armada, arrojó la sábana y escapó desnudo. Este suceso así circunstanciado que refiere san Márcos [1], hace creer que el joven aquel no era de los discípulos de Jesús, como algunos han pensado; pero que el mismo Salvador no permitió que fuese retenido, para que ninguno por su causa padeciese cuando él empezaba á padecer por la de todos y por salvarnos á todos.

§ II.

Jesús es presentado á Anás.

Con la grandeza y majestad que inspiran siempre en el corazón del hombre la inocencia y la virtud, caminaba al suplicio el Hombredios, santísimo por esencia y por naturaleza, con la resignación de una víctima que se sacrificaba desde el origen del mundo, no tanto al furor de su pueblo, como á la gloria de Dios y á la salud del universo. Los que le conducían atado como un malhechor daban grandes gritos de alegría, repitiéndose y repartiéndose miles de enhorabuenas por la acción que acababan de ejecutar, lo que si bien era para ellos un motivo de triunfo, para los temerosos y fieles que creían en Jesús como en el Hijo de Dios, y que tanto por este concepto como por el de público bienhechor le reverenciaban y amaban con la mayor ternura, era un objeto digno de toda su compasión: y así fué que la algazara de los unos y los suspiros, lágrimas, sollozos y ayes de los otros, conmovieron toda la ciudad en aquella hora tan silenciosa y triste; de modo que, caminando aprisionado, cumpliendo los oráculos de los profetas; y arreglando él mismo como dueño todo cuanto pasaba por él, empezó á manifestarse Hijo de Dios en las ignominias de su pasión; y tan omnipotente, grande y soberano, como cuando resucitaba los muertos, serenaba las tempestades y ostentaba su poderío contra el furor de los infiernos.

Desde este momento, seguido sin intermisión de cuanto se pueda

[1] Marci. cap. 14, v. 51.

imaginar de mas injusto y espantoso, no hablará Jesús una palabra ni dará un paso, ni hará acción alguna que no exija de nosotros lágrimas y homenajes; pues siempre veremos unidos en su persona los extremos dolorosos de un justo que se sacrifica por la salud de sus hermanos, con las grandezas adorables de un Hombre-Dios, que sufre y muere de una manera tan grandiosa y admirable, que no pudiera verificar si fuera puramente hombre. Hablábale públicamente en Jerusalem, y se tenía por tan cierta la prisión de Cristo, que se habían tomado todas las medidas necesarias para instruir el proceso y sacrificar al inocente; sin embargo, se quería aparentar legalidad. Caifás, que desempeñaba las funciones de sumo sacerdote en aquel año, tenía por colega en el pontificado á Anás, que era su suegro y anciano de bastantes años. Por consideración á su edad, estaba convenido que tan luego como Jesús fuese preso, se condujese á su casa, para que allí comenzase el interrogatorio; sin que esto pudiese interpretarse de otra manera que de una mera atención y condescendencia hácia su persona, lleváronle pues á casa de Anás, el que preguntó á Jesús sobre sus discípulos y doctrina; á cuya pregunta respondió el Salvador con aquella modestia y entereza que caracterizaban la santidad de su vida y la divinidad de que estaba revestido. *Yo, le dijo, he hablado siempre públicamente en el mundo; yo enseñé en la Sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se juntan, y nada he hablado en oculto ni en secreto; y esto es precisamente lo que habia dicho David [1]: ¡Oh, Señor! yo he contado las grandezas de tu nombre á mis hermanos, y en medio de la Iglesia te alabé. Anuncié tu justicia en la gran congregación, y tú sabes que no cerré mis labios para enmudecer. Bien lo sabes, Señor [2]. No encubri ni oculté en medio de mi corazón tu rectitud y justicia; prediqué tu verdad y tu salud, así como tu fidelidad y misericordia en el gran concilio. Por todo lo que, continuó Jesús: *¿Por qué me preguntas á mí? pregunta á los que han oído lo que yo les hablé y enseñé; pues ellos saben bien lo que yo he dicho.**

Constituido Anás en la dignidad de pontífice, tenía derecho para

[1] Ps. 29, v. 23.

[2] Ps. 39, vs. 10 et 11.

preguntar á Jesucristo y de hacerle cuantas observaciones creyese conducentes para averiguar la verdad y saberla de su propia boca. Pero no ignorando el Salvador que su confesion no habia de ser creida, se remitió á la disposicion de sus mismos jueces y enemigos, á la de los fariseos, sacerdotes, escribas y doctores que tantas veces le habian oido con admiracion predicar en la Sinagoga y en el templo, y que habiendo presenciado sus milagros, con los que confirmaba su propia doctrina, no podian dejar de reconocer su divinidad. No podia haber dado Jesús una respuesta mas satisfactoria ni una prueba mas eficaz de su inocencia, siempre prudente é imparcial, sin faltar al respeto debido á un magistrado público. Mas apenas hubo acabado su respuesta, cuando uno de los ministros que estaban allí presentes, levantó su atrevida mano y dió una tan terrible bofetada al mansísimo Jesus, que no solo se estremecieron todos los presentes, sino que, como asegura el beato Alberto Magno, retendió el Cénaculo todo, y María Santísima que estaba encerrada en él, sintió estremecerse y casi desfallecer enteramente su corazon purísimo á la violencia del golpe, porque fué dada armada la mano con un guante de hierro, de modo que en aquel hermoso y adorable rostro quedó impreso el cardenal de la bofetada horrible; y fué dada con tanta violencia, que el rostro de Cristo que estaba vuelto al juez que le preguntaba, fué inclinado por la violencia del golpe á la parte contraria; añadiendo san Vicente Ferrer, que hizo caer al Señor postrado en tierra. Hay además necesidad de observar que este fué un castigo sobremana ignominioso para Jesús, y del mayor oprobio; porque se dió á la vista del concurso mas noble y notable de Jerusalem, por un ministro despreciable de la hez del pueblo, solo con el objeto de adular al amo á quien servia. Que se dió á la persona mas digna en el cielo, en la tierra y en todo el universo, y en la parte mas santa y venerable cual es el rostro, el que era formado por el Espíritu Santo y era el espejo sin mancha de la bondad de Dios Padre, en el que se miran continuamente todos los ángeles y espíritus bienaventurados, de cuyos ojos salen aquellos rayos y torrentes de luz y claridad eterna con que se iluminan los espacios inmensos de la gloria. Y por último, es preciso advertir que fué dado por la autoridad propia de aquel siervo abatidísimo y desprecia-

ble monstruo de fiera ingratitud, porque era el mismo á quien pocos instantes hacia habia curado el Señor milagrosamente de su herida, restituyéndole en el hueito la oreja, el que substituyendo altivez y soberbia en lugar de la humilde moderacion con que Jesús le habia curado, le dijo al tiempo de herirle: *¿Así respondes al pontífice?*

En medio de una afrenta tan grande, brilló mas la mansedumbre de Jesús en su sencilla, pero precisa y adecuada respuesta: *Si hablé mal, dijo al siervo, muéstrame en qué; y si hablé bien, dime, ¿por qué me hieres?* Nada mas eficaz, ni elocuente y persuasivo podia decirse; y con esta respuesta no solo acalló los impulsos de la venganza mal reprimida y domada, sino que sostuvo su inocencia sin perder nada de su constancia, y sin dejar de ser respetuosa al juez y al tribunal, en cuya presencia se hallaba. Condenar públicamente una injusticia, no está prohibido ni por la religion ni por la justicia; antes bien es en muchas ocasiones un deber sagrado que la religion y la justicia imponen á la misma persona que la injusticia sufre, atendida su propia dignidad; y como no habia habido ni habrá jamás en la tierra persona alguna tan autorizada, tan venerable y santa como Jesucristo, parece que él solo podia entonces contestar con tanta justicia al ingrato y desconocido siervo. En verdad que nadie mejor que Jesús podia decir al siervo: *¿Por qué me hieres?* pues nadie puede preguntar con mas justicia á las criaturas que el Criador supremo: *¿Por qué me hieres?* *¿Acaso porque te crié cuando no tenias ser?* *¿Porque te lo conservé para que no lo perudieses?* *¿Porque después que lo perdiste por tu culpa bajé del cielo para redimirte?* *¿O porque te di tantas pruebas de amor como momentos tiene tu vida?* *¿Por qué me hieres?* *¿Acaso por la caridad excesiva con que te amé?* *¿Por el cuidado amoroso que siempre tuve de tí?* *¿Por los inmensos beneficios con que te favorecí?* Merecia ser castigado severamente el ministro del pontífice por la indignidad con que habia tratado á Jesús contra el órden judicial, faltando altamente al respeto debido á las leyes y á los miembros del concilio que se hallaban presentes, los que debieran haber desplegado con este motivo un celo ardiente, tanto para castigar un crimen tan horrible, cuanto para dar una prueba de que al menos en

la apariencia procuraban la recta administracion de justicia; pero era preciso que se cumpliesen los oráculos de los profetas, y que el unguido del Señor fuese tan horriblemente maltratado; y así cambiándose enteramente los frenos, aplaudieron el hecho los que debían condenarle y castigarle; y el Salvador sin recibir otra respuesta á su justísima pregunta, fué trasladado desde la casa de Anás á la del pontífice Caifás, donde fué nuevamente interrogado.

§ 12.

Jesús en casa de Caifás y ante el consejo de los ancianos: negacion de san Pedro.

Avisado Caifás de que venia Jesús, habia juntado en su casa á los sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo, que poseidos de una pasion mezquina de venganza, deseaban mucho ver preso al Salvador. En casa de este pontífice y juez supremo del concilio, aparece el ángel del gran consejo y el Dios de la justicia y verdad para ser falsamente acusado, infucamente juzgado y sacrilegamente condenado; tres cosas que comprendieron los dos evangelistas san Mateo y san Marcos con estas palabras: *Entonces asiendo á Jesús, le condujeron á Caifás, príncipe de los sacerdotes, donde los escribas, los ancianos y los fariseos se habian congregado. Y los príncipes de los sacerdotes buscaban algun falso testimonio contra Jesús para entregarle á la muerte.*

En este mismo tiempo algunos apóstoles del Señor que lo habian abandonado en el instante de su prision, pasados los primeros momentos del susto, volvieron sobre sí, y avergonzados de su cobardía, quisieron seguir al Maestro; y viendo que de la casa de Anás era aquel conducido á la de Caifás, caminaron en pos de él. Pedro y Juan fueron los dos que tuvieron mas valor y constancia; y como amaban mas extraordinariamente al Señor, llegaron casi al mismo tiempo al lugar donde Jesús habia entrado. Juan era conocido del pontífice y de su familia, y no hubo dificultad en dejarle entrar. Entre tanto que conducian al Señor á la sala del concilio, le dejaron en el patio de la casa. No dudaba Juan que Pedro le seguia;

pero habiéndolo buscado inútilmente entre la muchedumbre, quedó mortificado de que no se hubiese guardado con él la misma atencion, y no permitió que se quedase fuera. Salió pues, y habiendo hablado á la portera, le facilitó la entrada. Estaba Pedro con grande impaciencia deseando saber en qué pararia aquel suceso que tan tristemente se habia comenzado. Sacó fuerzas de su misma debilidad y cobardia, y adelantándose hasta el lugar en que estaban los oficiales y criados de la casa, se sentó entre ellos como para calentarse, pero con el fin de observar atentamente cuanto pasaba.

Cosualmente era este el tiempo en que la astuta malicia de los escribas y sacerdotes hacia todos los esfuerzos imaginables para perder al Salvador. Habíanle recibido con desprecio, mirábanle con altivos ojos y semblante amenazador, tratándole en todo como á un hombre despreciabilísimo. Era este concilio tenido y respetado como el de mas grave autoridad, el de mas célebre fama, el de majestad mas augusta y el de religion mas santa de todo el orbe. Sus decisiones eran tenidas poco menos que por infalibles, y sus respuestas eran reputadas como oráculos; sin embargo, aquel era el concilio de los malignantes, el concilio de la iniquidad, y los que en él se habian reunido eran aquellos de quienes habia dicho David: *Los príncipes se juntaron, convinieron entre sí y condenaron á muerte á su Dios y Señor:* por esto buscaban testimonios falsos para cohonestar su iniquidad y aparentar en su juicio una justicia que no tenian. Con esta disposicion nada de bueno podia esperarse de los jueces. El pontífice le hizo algunas preguntas en todo parecidas á las que le habia hecho Anás, divagando sobre el modo con que habia juntado sus discípulos, y mas aun sobre la santidad y verdad de su doctrina. Todo indicaba que los pensamientos que habian concebido eran los de siempre; armar lazos á Jesús para hacerle caer en la insidiosa red que se le tendia, y así sus respuestas fueron en todo concepto y sentido las mismas que habia dado al suegro de aquel pontífice. Astuta en sus consejos la malicia de los fariseos, no pensaba en guardar las leyes ordinarias y fórmulas debidas para la formacion de un expediente, sino de disponer en la apariencia y formar algun cuerpo de delito para fundar una senten-

cia de muerte. En las contestaciones de Jesús brillaba su inocencia, y por tanto no podían por ellas condenarlo. Buscaban un testimonio falso contra el acusado, para tener un motivo plausible para fundar la sentencia. Oyeron á cuantos se presentaron, y aunque el número de testigos falsos fué grande, se concordaban tan mal, que no era posible valerse de sus deposiciones, ni en los puntos que pedia la ley, ni en el órden de la justicia. Presentáronse por fin dos testigos mas hábiles y astutos al parecer que depusieron haber oído decir á Jesús en un discurso en que quería alborotar el pueblo, que él destruiría el templo de Dios edificado por las manos de los hombres, y que en el espacio de tres dias reedificaría otro, sin que se viese trabajar en él mano alguna.

La aseveracion de estos dos testigos no era enteramente conforme, pues el otro solo afirmaba haberle oído decir: Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias; pero ninguno de ellos referia fielmente las palabras de Jesús. El habia dicho, hablando solamente de su cuerpo: *Destruid este templo, y yo lo restableceré en tres dias.* Por este motivo manifestó Jesús hacer poco caso de las deposiciones hechas contra su Majestad, y permaneció constante en su silencio. Olvidó el pontífice la dignidad de que estaba revestido, y la gravedad y mesura que debia guardar; y levantándose como furioso y fuera de sí, encarándose con Jesús, y como para obligarle á que respondiese, le dijo: ¿Nada respondes á lo que estos testifican contra tí? El silencio de Jesús era profundo, y no se interrumpió por la interpelacion del pontífice. Al que era infinitamente sabio no podian escondersele los proyectos de la iniquidad ni las injusticias de los hombres; por consiguiente, no ignorando que por las interpuestas acusaciones no podia condenársele, y que en su vista habia de acudir el pontífice á otros ardidés que le pondrian en el caso de contestar verdades eternas, permaneció en su impassible silencio que cada vez ponía á aquel en mas apretantes conflictos. Buscar nuevos testigos era exponerse á dar con algunos de conciencia y temor de Dios, que conociendo las virtudes de Jesús, la santidad de su doctrina y los excesos de su caridad misericordiosa, los declarasen en público y se embarazasen mas los pensamientos de iniquidad y venganza de los fariseos. Despedido pues, y lleno

Caifás de coraje, acudió á un extremo violento, con el que creyó intimidar al mansísimo Cordero y obligarle á que le contestara: Contárote, le dijo, y en el nombre de Dios vivo te mando que me respondas y digas en público si eres tú Cristo, Hijo de Dios bendito, como lo publicas, y en cuya honra cantamos todos los dias cánticos de loor y de gloria.

La veneracion suma que el Hijo de Dios tenia á su Padre Dios, el honor y la gloria que estaba resuelto á darle, el deseo de establecer con su profesion solemne el fundamento de su religion augusta, y la reverencia que le merecia el sumo sacerdote por mas que aborreciese su malicia, le obligaron en fin á hablar y respondió: *Si, yo soy el que acabas de decir.* Y bien presto vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios venir sobre las nubes del cielo. Como esta era la contestacion que esperaba Caifás para tener al menos un motivo aparente para condenar á Jesús, se alegró sobremanera por ella; disimuló no obstante su regocijo, y no manifestó exteriormente sino indignacion y sentimiento. Por aparentar un celo que verdaderamente no tenia, rasgó sus vestiduras, lo que entre los judíos era un signo de reprobacion; y renunciando el oficio de juez por tomar el de acusador, volvióse á sus compañeros y les dijo: Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habeis oído ahora su blasfemia; ¿qué os parece? Y todos respondieron al instante: ¿Qué mas testimonio deseamos? Todos lo hemos oído de su boca. Reo es de muerte. Era preciso que se cumpliesen las Escrituras. David habia dicho en la persona de Cristo: ¡Oh, Dios! No me entregues á la voluntad de mis enemigos, porque se han levantado contra mí testigos falsos, hombres chismosos y prontos á sacrificar la verdad, y la calumnia, y el engaño [1]. Los que sin causa ni motivo me aborrecen, se multiplicaron mas que los cabellos de mi cabeza; se han fortalecido mis enemigos, y los que injustamente procuran mi destruccion y ruina [2]. Pero así como los pontífices y maestros de la ley olvidaron estos testimonios que los marcaban ellos y descubrian todas sus maquinaciones, así tambien desconocieron todos los que acreditaban á Jesús de verdadero Hijo

[1] Psal. 26, v. 12.

[2] Psal. 68, v. 5.

de Dios. *Tú lo has dicho*, contestó Jesús á Caifás; y pudo muy bien haberle reproducido los mismos dichos de David su padre, diciéndole: Yo soy de quien dijo el Señor: Yo ungi á mi rey y le di la investidura sobre Sion, monte santo mio. Mi Hijo eres tú hoy, eternalmente. Yo te engendré. Pide de mí, y te daré las gentes por heredad, y por tu posesion los cabos y términos de la tierra. Ahora pues, ¡oh reyes y príncipes! recibid la correccion y escarmentad los que juzgais la tierra. Besad al Hijo, obedecadle, adoradle con pureza y sencillez, porque no se enoje y perezcais en la carrera cuando de aquí á poco se encendiere su furor [1].

Desde entonces los infames verdugos que estaban apoderados de la persona de Jesús, se mofaban de él, y comenzaron á escupirlo en la cara y á darle bofetadas y palmadas; y cubriéndole el rostro, le daban golpes y lo herian con varas, preguntándole y diciéndole: Profetizanos, ¡oh, Cristo! quién es el que te ha herido; y otras muchas cosas injuriosas; y esto era para que se cumpliese le que Isaías habia dicho [2]: El Señor Dios me hizo entender su palabra, y yo no fui rebelde, ni le contradigo, ni me volví atrás de su mandamiento. Mi cuerpo entregué á los que me herian, y mis mejillas á los que me arrancaban las barbas. No aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian, porque el Señor Dios me ayudará, y no podré ser avergonzado ni confundido.

Mientras todo esto pasaba y sucedia con Jesús, Pedro permanecia sentado entre los ministros y criados de la casa, calentándose con ellos á la lumbre, cuando vino una de las criadas del pontífice, y clavando los ojos en él en ademán de conocerle, le dijo: ¿Tú tambien eres de los discipulos de este hombre? No puedes negarlo. Tú eres galileo como él. Mas Pedro negó delante de todos y dijo: No soy ni sé lo que dices; no lo conozco. Parece verosímil que estando Pedro sentado al fuego con los ministros hubiese oido hablar mal de su Maestro, y que por no darse á conocer, no solo no se hubiese interesado en su favor, sino que hubiese tolerado las conversaciones con la mayor indiferencia; por lo que le fué tan fácil negar á la primera invitacion que se le hizo. Confuso por ella en su inta-

[1] Ps. 2, v. 6 et seqq.

[2] Isaías. cap. 50, vs. 5, 6 et 7.

rior, se levantó, y mientras iba á salir al atrio ó zaguan, cantó el gallo. Allí á la entrada le salió al encuentro otra criada, y al contemplarle tímido, pesaroso y como fuera de sí, volviósse á los que tenia á su lado y les dijo: ¿No veis á este hombre? Este es sin duda uno de los discipulos de Jesús. No hay duda; este estaba con él. Uno de la tropa que oyó el discurso de la criada, corrió á Pedro, le detuvo, lo miró, y se puso á preguntarle con el mismo tono. Terrible no hay duda era el ataque, y Pedro muy débil ya para resistirle; así que, titubeando y como pudo, respondió: No por cierto, no soy yo de los de la compañía de ese preso, ni le conozco, ni le pertenezco; y lo afirmo con juramento. Conforme se multiplicaban las culpas, iban siendo mas groseras. Al silencio siguió la indiferencia, á esta la mentira, y la mentira fué apoyada con el juramento falso; y porque Pedro habia llegado con la confianza de sus propias fuerzas hasta la obstinacion, permitió Dios que llegara su flaqueza hasta las señales exteriores de la apostasia; mas todos estos no son sino los preludios del gran combate que le esperaba, y para el que le dieron como una hora de tregua.

Pasó este corto plazo, y como acabada la sesion del concilio conduxesen los ministros á Jesús al atrio para entregarlo á los soldados, se apartaron muchos de la turba y se encaminaron hácia el desdichado apóstol que apenas tenia sosiego; y advirtiendo su turbacion empezaron á decirle: Tú eres discipulo de este hombre, no puedes negarlo. Otros añadian: Bien se le conoce en el lenguaje y tono galileo; esto te manifiesta y descubre. Y uno de los siervos del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo: ¿Por ventura no te vi yo en el huerto con él? Este fué el último asalto que un hombre abatido ya y sin esfuerzo no pudo sufrir sin rendirse otra vez á una negacion cruel. La tentacion era superior al poco ánimo que le quedaba hácia su Maestro; y como un pecado llama comunmente á otro, siendo una culpa menor principio de otra mayor, le espantó de tal manera el peligro de la muerte, que no halló medio, por mas injusto que fuese, que no estuviese pronto á emplear para salvar su vida. Yo no os he engafiado, repetia, haciendo las mas fuertes imprecaciones y profiriendo los mas terribles juramentos; yo quiero ser anatematizado y tenido por infa-

me si conozco al hombre de quien me hablais, y si jamás he tenido comercio alguno con él. Muy bien conocia Pedro á aquel benignísimo Maestro que renunciaba con tanta indignidad. Muy de cerca le tocaba, y era amado de él muy tiernamente. El mismo lo adoraba y gemia por su mala suerte en el momento mismo en que se avergonzaba de haberle conocido. Pero á la verdad ya no se sentia con aquel fervor engañoso que le habia hecho mas de una vez á Jesús: Yo os seguiré á la cárcel y á la muerte. Sin embargo, no era infiel en su corazón; creia que Jesús era Hijo de Dios vivo, aunque su lengua desmentia su fe. Aun hablaba, aun anatematizaba y juraba cuando cantó el gallo segunda vez: oyólo Pedro y conoció su pecado con toda su fealdad, y vió patentes todas sus ingratitudes. El que es dueño de todos los corazones, lanzó una mirada ardiente de amor sobre el de Pedro, y renacieron en él al instante la fé, la esperanza y el amor mas fervoroso. Mudóse Pedro repentinamente, y deshaciéndose en lágrimas salió de la casa del pontífice para llorar sus culpas, y las lloró con tanta amargura, que el que pudo haber sido ejemplo de infidelidad, fué modelo de penitencia y de verdadero arrepentimiento.

§ 13.

Es presentado Jesús á Pilatos, y por este es remitido á Herodes.

Judas se arrepiente y se ahorca.

El Rey de Israel, el Hijo único de Dios vivo, el muy amado del Eterno Padre, el Salvador de los hombres, y el adorable objeto de la veneracion de los ángeles, permanecia atado con fuertes cordales y arrojado á un rincón del zaguán, mientras Pedro salió afuera para llorar amargamente su culpa. Todo lo que habian hecho el pontífice y los ancianos en el concilio no era mas que una farsa bien premeditada, con el designio de engañar con ella al pueblo y de hacer pasar la doctrina de Jesús por una corrupcion de la ley; sus milagros por apariencias, y su cualidad y título de Mesías por una corrupcion sacrilega, todo con el perverso designio de que en el ca-

so de que estas acusaciones no hiciesen la mayor impresion en el ánimo de un magistrado gentil, á cuyo ministerio era preciso recurrir para quitarle la vida, prevenido el pueblo se alborotase contra Jesús y pidiese á voz en grito su crucifixion y su muerte. Tambien maquinaron astutamente el nuevo delito de que habian de acusarle; y prevenido todo segun sus designios, condujeron al Salvador como reo por medio de Jerusalem, cuyas calles estaban llenas de gente á causa de la gran festividad de la Pascua, hasta el pretorio ó audiencia del magistrado civil, y lo entregaron al presidente Poncio Pilato, no atreviéndose ellos á entrar en el pretorio, por no contaminarse y contraer una mancha legal. Ciego é ingrato el pueblo, se alimentaba con la confusion que veia experimentar á su Rey verdadero, y aplaudia locamente unas resoluciones y pasos que anunciaban su ruina, estando muy lejos de creer que el autor de tan grande cúmulo de maldades mirase con los mismos ojos que Jerusalem el lastimoso espectáculo que le habia ofrecido.

En este estado conoció Judas toda la gravedad de su crimen, y toda la malicia feroz de la Sinagoga y del pueblo: sabia bien que la presentacion de Jesús al presidente no tenia mas objeto que el de obtener la confirmacion de la sentencia de muerte á que el consejo de los ancianos lo habia condenado, y no tuvo corazón bastante para contemplar lo horrible de su traicion sin estremecerse. Con la mira tal vez de hacer penitencia, cogió sus treinta monedas, y poseido de un negro arrepentimiento, corrió con ellas al templo, donde se hallaban reunidos los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes; pintadas en su frente la tristeza y la desesperacion, con voz melancólica pero fuerte les dijo: PEQUE, ENTREGANDO LA SANGRE DEL JUSTO. . . . Una risa sardónica é insultante, una burla asquerosa, un desprecio infernal, una indiferencia mas temible que la muerte, fué toda la contestacion que aquellos seres desnaturalizados dieron al discipulo traidor. ¿Qué nos importa á nosotros, le dijeron, si has pecado ó no? Allá te lo verás tú. Nuestra conciencia nada nos remuerde; á tí te toca examinar tu corazón y sondear tus intenciones; nosotros no sentimos el dinero que nos cuestas. Esta contestacion, que seguramente no espera, le montó en desesperada cólera y le enardeció hasta el extremo: en el exceso de

su arrepentimiento acaso pudo haber abrigado la idea de que su declaración importantísima sirviese de algo para la justificación de su Maestro; mas desvanecidas todas sus esperanzas; arrojó el dinero en el templo y se retiró. Este es uno de los mas grandes testimonios de la santidad y de la divinidad de Jesús. *Pequé, entregando la sangre del justo. . . .* y arrojó el dinero. Los remordimientos de la traicion que le devoran, la restitution del precio de su perfidia, y la desesperacion á que se entrega, son una confesion ingenua de la inocencia del Salvador, y una apología mas completa que si hubiera sido absuelto en los tribunales, y de que cuanto hasta allí se habia practicado contra su Majestad y cuanto se practicaria en adelante, todo era notoriamente injusto, abominable y sacrilego.

El que tan abiertamente habia manifestado su crimen y su dolor, sostenido de una confianza mas animada en el Señor, pudiera sin duda haber obtenido su perdon; pero el demonio, á quien se habia entregado, le pintó su crimen con toda la deformidad que hasta entonces no le habia dejado ver; persuadióle que nada tenia que esperar de la misericordia divina; y acusado de esta sugestion miserable, se dejó vencer cobardemente de ella, cayó en una nueva y mas lamentable apostasia, poseyóse de la desesperacion horrible, y tomando un cordel, se le ató al cuello y se ahorcó ignominiosamente; y reventando por medio de su cuerpo, saliéndosle los intestinos, murió entregado á la mas completa desesperacion.

Los principes de los sacerdotes, tomando con este motivo los dineros, dijeron: No es lícito echarlos en el cepo ó arca de la limosna, porque es precio de sangre. Así que, habido consejo, compraron con ellos la heredad ó campo del Ollero para sepultura de los peregrinos ó extranjeros, por lo cual fué llamado aquel campo hasta el día de hoy, *Haceldama*, esto es, *campo de Sangre*. De este modo se cumplió lo que el profeta Jeremías habia vaticinado, cuando dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, suma en que fué apreciado, segun lo valuaron los hijos Israel, y diéronlas por la heredad ó campo del Ollero, segun que me ordenó y manifestó el Señor [1].

[1] Jerem. cap. 32, v. 7. Zacar. cap. 11, v. 12.

Poncio Pilato, que en nombre de Tiberio, emperador de los romanos, ejercia su autoridad en la Judea, era hombre al parecer naturalmente justo y recto, pero tímido y político. Los judíos querian finalizar en aquel día este importantísimo negocio, pero á Pilatos le inquietaban poco las disputas que entre sí tenian cuando el interés de sus amos no tenia en ellas alguna parte. Estaba bien instruido en todas sus diferencias con respecto á la persona y doctrinas de Jesús, y no se le ocultaba que inquietudes tan ruidosas eran excitadas por la envidia, por mas que se cubrian con el manto de la religion; por consiguiente, no temia sus consecuencias, antes esperaba que el proceso llegase á sus manos, para hacer que los ánimos alborotados entrasen en la senda de una justa moderacion. Presentado pues Jesús por los judíos en el tribunal de Pilatos, salió afuera donde ellos estaban, y les dijo: ¿Qué acusacion traéis contra este hombre? A cuya pregunta contestaron los judíos con una respuesta tan seca como malignante, y dijeron: Si no fuera este un malhechor, no te lo hubiéramos entregado. La contestacion del gobernador indica con bastante claridad que se dió por ofendido de una respuesta tan orgullosa como fué la de los escribas, porque desde luego trató de desentenderse de la causa. Si estais tan bien instruidos, les dijo, de lo que es este hombre, y de sus crímenes ó delitos, yo os le devuelvo otra vez; tomadle vosotros y juzgadle allá segun vuestra ley. Era esto una permission que les daba para hacerle su proceso, la cual sin duda hubieran aceptado si quisieran solamente castigarle como á blasfemo, puesto que con el sentimiento del gobernador de la provincia podian sentenciar á aquellos á quienes se procesaba sobre cosas de religion. Mas ellos querian absolutamente que fuese Jesús condenado como reo de Estado, y esto les obligó á que contestaran á aquel: A nosotros no nos es lícito fulminar sentencia de muerte contra nadie. Verificándose de este modo la palabra que Jesús habia antes pronunciado acerca del género de muerte de que habia de morir. El suplicio de la cruz no estaba en uso entre los judíos, y Jesús siempre habia dicho que esta pueblo furioso lo entregaria á los gentiles para que fuese condenado á ella: esto debia verificarse, y sus mismos enemigos trabajaban en el cumplimiento de los oráculos eternos; así fué que le acusaron de sedicioso, que al-

borotaba el pueblo predicando y enseñando doctrinas nuevas, empezando desde Galilea hasta Jerusalem; que prohibía se pagase el tributo al César, atribuyéndose la cualidad de Mesías, por consiguiente la de rey.

Así que Pilatos oyó estas acusaciones quedó como suspenso en su juicio; y conociendo la susceptibilidad y malicia de los escribas y fariseos, no fiándose de ellos, entró en su sala é hizo introducir en ella al acusado, á quien quería oír antes de condenarle; preguntóte particularmente sobre estos extremos, y le dijo: ¿Eres tú rey de los judíos? Esta sola pregunta abrazaba cumplidamente los otros puntos; y para defenderse Jesús de todos los cargos, hubiera bastado que le hubiese hecho comprender la naturaleza de su reinado; pero el silencio que había guardado durante las acusaciones de los judíos, era sobremana elocuente y significativo, para no desperatar la curiosidad del hombre menos avisado; y Pilatos se sintió vivamente animado con él; y tanto mas, cuanto Jesús nada se había inmutado en su semblante; y á pesar de la excitacion hecha por el mismo presidente, que le dijo, ¿no oyes lo que estos contra tí deponen? había guardado la mas imponente circunspeccion. Mas ahora á esta pregunta que nuevamente á sola le hace, le contesta el Señor de un modo edificante é instructivo. ¿Me preguntas así, le dice, porque deseas conocer la verdad, ó por que otros te han hecho creer que quiero usurpar la corona de Judea? Dijo esto el Salvador con un tono tan resuelto, majestuoso y modesto, que lejos de ofenderse Pilatos por ello, le contestó con la mayor franqueza, y dijo: ¿Piensas acaso que yo soy judío? Ni sé ni comprendo lo que es el reino del Mesías que esperan los hebreos. Los príncipes de tu nacion, los sacerdotes y la demás gente de tu pueblo, son los que te han traído á mi tribunal: ¿qué has hecho? ¿qué fundamento tienen para creer que aspiras á reinar? ¿O qué es lo que has hecho para que estas gentes te quieran tan mal? *Mi reino, replicó Jesús, no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, mis oficiales y ministros pelearian y contendieran con esfuerzo para que yo no fuese entregado á los judíos.* No tienes pues que temer: mi reino no es de aquí, es un reino espiritual, universal y eterno, y no es un estado temporal y político como el de los reyes de la tierra.

En cada uno de los pasajes de la vida de Jesús, en todas sus doctrinas, y en todas y cada una de sus respuestas, se mostraba esa soberanía universal y absoluta que en él resplandecía y de que estaba revestido: si los príncipes y sacerdotes tan versados en las Escrituras santas hubiesen estado menos preocupados y prevenidos contra él, no podían menos de haberle admirado revestido de aquella diadema eterna con que le retrató Daniel, cuando dijo [1]: En los dias de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que ha de durar eternamente y jamás se disipará: reino que no será dejado á otro pueblo; y desmenuzará y consumirá todos estos otros reinos, y él permanecerá para siempre. . . . Yo veía en las representaciones de la noche á uno como hijo de hombre que venía en las nubes del cielo; y llegando al anciano y antiguo en dias, se presentaron delante de él, y le fué dado señorío, y gloria, y el reino, y todos los pueblos, y naciones, y lenguas le servirán: su señorío, señorío eterno, no será transitorio, y su reino indestructible.

Luego tú eres rey, replicó Pilatos. Sí, respondió Jesús; tú lo dices, y para esto he nacido. Para reinar vine á este mundo, pero para reinar sobre las almas y sobre los corazones, sin disputar á los reyes de la tierra sus cetros y coronas. He venido á él y me he dejado ver desde luego en la Judea, para dar testimonio de la verdad, de la cual debieran estar menos apartados los judíos que los otros pueblos de la tierra, porque su ley los dispone para ella. Cualquiera que oye la verdad, por la cual sola he venido á reinar, escucha mi voz y me reconoce por su rey. Puras y sencillas eran las palabras de Jesús, como la verdad misma: si Pilatos, ministro supremo de justicia, hubiese amado la verdad y la hubiese buscado, se hubiese aprovechado de la importantísima leccion que acababa de darle el que era la verdad increada y eterna, el Maestro de la verdad infalible, y hubiera sido mas recto en los fallos que había de dar en la espinosa é interesantísima causa que se le había sometido: con lo que hubiera secundado las miras del divino Maestro, contribuido á que se desterrara la hipocresía, que se hicieran amables la virtud y la justicia, y se consolidara la verdadera religion

[1] Daniel. cap. 2, v. 44, et cap. 7, vs. 13 et 14.

que aquel venia á establecer entre los hombres; pero no pudiendo ó no queriendo comprenderla, á pesar de los destellos luminosos, apremió al Señor para que le dijera qué cosa era la verdad. Con su excesiva vivacidad y tímidez, precipitó los momentos y no esperó con paciencia el tiempo necesario para meditar sobre la respuesta del Maestro divino, que poco á poco preparaba su espíritu para el momento de la gracia; se la retiró el Señor y no la volvió á encontrar.

Después de haber pronunciado Pilatos las últimas palabras, convencido mas y mas de la inocencia de Jesús, y de que su persecucion era efecto de la odiosidad de un pueblo furioso y mal aconsejado; volvió á los judíos, y dijo á los príncipes de los sacerdotes y á las turbas: Yo no hallo crimen alguno en este hombre; por consiguiente ni causa para condenarle. Un testimonio tan claro y tan público dado por el juez mismo á favor del acusado, habia de producir la alarma y el furor en al ánimo de los acusadores, los que á falta de delitos y de pruebas, se habian de esforzar en oprimirle y en amedrentar el ánimo del juez con el ruido y el tumulto: aumentóse por consiguiente la gritaría, repitiéndose con furor las voces de que era un perturbador, un sedicioso; que conmovia en toda la Judea al pueblo, que enseñaba una doctrina nueva y contraria á la ley de Dios, y que por fin habia excitado revoluciones en Galilea, sin detenerse ni parar hasta introducir las en Jerusalem. La inquietud furiosa de los escribas acrecia los deseos pacíficos del presidente, y se hallaba cada vez menos dispuesto á creer las falsas acusaciones. Jesús mientras tanto manifestaba una tranquilidad tan inalterable sin contestar en lo mas mínimo á tantas calumnias y á tantos clamores homicidas, que atribuyéndolo Pilatos á cobardía ó á miedo, hizo que cesase el tumulto, para dar lugar al acusado de recobrar su ánimo y responder. Pero el que habia permanecido mudo entre tantos clamores, perseveró en guardar silencio, sin contestar ni una sola palabra á todas las instancias del presidente, el que turbado cada vez mas, bien se interpretase el silencio como generosidad en favor del tratado como reo, ó bien como indiferencia á vista del mayor de los peligros, escogitando un medio de salir del apuro en que se hallaba, habiendo oido que se hacia mension de

Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre era natural de esta provincia: sabiendo que sí, se alegró mucho; no solo por haber hallado una coyuntura favorable para salir del embarazo, sino para ganar á un amigo á expensas de un inocente; así pues juzgó á propósito enviarle á Herodes, tetraca de Galilea, que así como otros muchos judíos, habia llegado á Jerusalem con motivo de la celebracion de la Pascua.

No era Jesús desconocido para Herodes; después que hubo sacrificado la vida del Bautista á sus pasiones voluptuosas, habia oido hablar de él como de un hombre singular y extraordinario; por lo que tenia mucho deseo de verle, conocerle, y aun de presenciar, si fuese posible, alguno de los milagros que continuamente obraba; por consiguiente, se alegró tanto del presente que Pilatos le hacia remitiéndoselo, cuanto podia alegrarse el mismo Pilatos de desembarazarse de su persona; Pilatos rehusaba seguir y terminar una causa tan desagradable por no disgustarse con los judíos, que casi habian llegado á tumultuarse, y pedian con obstinacion y amenazas la muerte del justo; y por otra parte deseaba huir la ocasion de manchar su nombre, desacreditarse y comprometerse con el alto gobierno de Roma, si acaso llegaba á oídos del César haber pronunciado una sentencia notoriamente injusta y héchose cómplice en la muerte de un inocente. Consultó, pues, mas sus intereses que los deberes de su oficio, en lo que dió á conocer la superchería de su falsa política. Herodes, comparado por el Salvador á una vulpeja, era un espíritu astuto, un hombre entregado á sus placeres, criado desde su juventud en unas máximas impías, y un político sin religion, cuyas manos humeaban aun manchadas con la sangre del justo; y teniendo á su presencia á Jesús, empezó á preguntarle con vana curiosidad de muchas y distintas maneras; pero el Salvador no se dignó responder siquiera una sola palabra á todas sus vanas cuestiones, por mas que los príncipes de los sacerdotes y los escribas le acusasen de graves delitos, con una cólera, una aspereza y porfia tal, cual solo podía convenir á ministros de Satanás.

La conducta de Pilatos en devolver la causa de Jesús al príncipe extranjero, es tan reprehensible como la de Herodes en aceptarla. Política tortuosa en uno y otro. — El interés personal como hemos di-

cho, la indolencia y la adulacion, dieron impulso á las operaciones del primero; el orgullo y una vana é indiscreta curiosidad, influyeron en las acciones del segundo. Pilatos fué negligente en el desempeño de las atribuciones de su oficio, y no correspondió á la integridad de un ministro del César. Herodes, que ninguna jurisdiccion tenia en Jerusalem ni en Judea, no pudo intervenir en este negocio sin violar los derechos del imperio. La causa de Jesús, el juicio criminal, la instruccion del proceso y la sentencia, correspondia en primera instancia al sinebro ó gran consejo de la nacion judaica, el cual efectivamente pronunció sentencia de muerte. Pero era necesario para su valor devolver la causa al presidente ó gobernador de Judea, magistrado en quien estaba depositada la suprema autoridad del imperio, y podia ó revocarla ó confirmarla. Pilatos no podia ni debía presindir de esta jurisprudencia. Así que, la remision de Jesús al tetrarca de Galilea, el nuevo interrogatorio y acusacion, y todo lo actuado por Herodes, fué impertinente, ilegal y violento. Esta es sin duda la razon porque no reconociendo Jesucristo al príncipe extranjero por su juez competente, nada respondió á sus cuestiones.

Muy lejos estaba Herodes de conseguir un milagro de quien no conseguia una sola palabra, y se resintió de este que miró como al sumo de los desprecios. Los hombres del genio de este príncipe, al paso de que se irritan con facilidad, no se atreven á tomar determinaciones que los hagan sospechosos de credulidad. Para salir con honra de este conflicto, pensó decir que Pilatos le habia enviado un loco y un insensato, y se atrevió á insultar con este dictado á la sabiduría de Dios, desconocida en todo tiempo de la razon humana. Mandó pues que le vistiesen una vestidura blanca, con la mira de que pareciese en público, ó como un hombre vano que ideaba ser alguna cosa grande, ó como un rey puramente de farsa. De este modo le envió á Pilatos, y este fué el medio de la reconciliacion de los dos, porque estos jueces inicuos hicieron las amistades desde este día, y de enemigos que eran se hicieron amigos, uniéndose entre sí con el vínculo de una injusticia comun.

§ 14.

Devuelve Herodes el Salvador á Pilatos, al que hace algunos esfuerzos, aunque débiles, para salvarlo. Sufre un nuevo interrogatorio; es azotado, coronado de espinas, vestido con una púrpura de escarnio, pospuesto á Barrabás, y por último condenado á muerte afrentosa de cruz.

Este paso tan molesto como afrentoso para Jesús, fué todo el fruto del término medio que habia escogitado Pilatos con tanto gusto para salir del conflicto en que se hallaba; y aunque tuvo la ventaja de reconciliarse con su enemigo, no se libertó sin embargo del peligro que no supo conjurar. Resuelto empero á no ceder á la violencia de sus enemigos, juntó los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y los ancianos del pueblo, y les habló de esta manera: Ya veis á este hombre que me habeis traído como á un sedicico, que aparta al pueblo de la obediencia y que intenta sustraerle de la dominacion del César. Yo le he examinado cuidadosamente en particular; le he preguntado delante de vosotros, y no le hallo confeso ni convicto de alguno de los delitos de que le acusais. Para satisfacer vuestros deseos, os he remitido á Herodes, que debe conocer á Jesús Nazareno tan bien como vosotros y mejor que yo, pues ha pasado en los pueblos de su jurisdiccion la mejor parte de su vida. Herodes lo ha despreciado y no lo ha juzgado digno de muerte; yo pues tampoco puedo condenarlo sin cometer una injusticia. Así que, le haré castigar por mis lectores, y después le daré libertad. No puede darse una injusticia mayor, ni una contradiccion mas torpe y temeraria. Tres veces ha declarado ya Pilatos que Jesús era inocente, y sin embargo, se ofrece todavia á tratarlo como criminal. ¿No hubiera sido mejor hacer temblar á los calumniadores injustos, amenazándolos con el castigo severo que las leyes romanas imponian á esa clase de delitos, antes que ceder á las exigencias atroces de la impostura y malignidad? ¿Es posible que